

Lo que nunca olvidaré de Miguel Pelay

Tengo la absoluta certeza de que la muerte de Miguel Pelay te ha, me ha, nos ha dolido mucho a cuantos le hemos conocido un poco de cerca. Como algunos lectores sabrán, he tenido la dicha de pertenecer en los últimos años a la tertulia del café "Oquendo". Más propiamente, soy de los afortunados que compartió mesa y, a veces, menos de las deseadas, mantel con Miguel Pelay Orozco; pertenezco, por consiguiente, a un pequeño grupo de elegidos que hemos disfrutado de su inagotable cortesía y generosa sinceridad. Serio pero afable, crítico pero elegante, manantial de conocimientos y humanidad, Miguel, que ejercía sin restricciones el liderazgo de la tertulia, compartía generosamente su saber y su vida con cuantos le rodeaban, nunca cortaba las alas a nadie, pero tampoco aceptaba, ni pactó jamás con la chapuza o lo inauténtico. Denunciaba públicamente la eliminación del "angelus" y otras tantas bonitas tradiciones de incalculable valor histórico para nuestro pueblo que, además de formar parte de su idiosincrasia, como él decía: Jamás habían hecho daño a nadie.

Poseía Miguel un conocimiento serio, profundo, riguroso y amplísimo de la historia de nuestro "Gran país, difícil país", lo que le permitía reflejar no sólo "lo que fue" sino lo que pudo ser y no fue.

Mis recuerdos se remontan al año 1992 cuando, en compañía de Juan Garmendia Larrañaga, me entremetí en la tertulia del café Guria para conversar con Miguel. El haber publicado en la década de los sesenta una trilogía novelesca basada en la vida de dos puntistas nacidos en el mismo pueblo -un pueblecillo imaginario situado "donde no cabe", es decir, entre Ondárroa y Motrico- con la particularidad añadida de un estudio más serio y objetivo, el titulado *Pelota, pelotari, frontón*, publicado en Madrid a principios de los ochenta, le otorgaba a Miguel una indiscutible autoridad sobre el tema; en tan complaciente y recordado como fecundo encuentro, y con la pelota y su entorno como exclusivo tema de conversación, endosarle el prólogo de mi libro *El pelotari y sus manos* al bueno de Miguel, principal objetivo de la reunión, fue una tarea fácil y sencilla. Con la ponderación y la delicadeza que le eran características, Miguel, además de manifestar su complacencia ante mi propuesta, me dio las gracias por la deferencia de habérselo ofrecido.

El cruce de miradas de aquel primer contacto no se me olvidará jamás: toda su espléndida madurez, curtida por tan variados y diferentes avatares, contrastaba con la inmadura y bisoña experiencia en el mundo de las letras de un chisgarabis como yo. Su mirada se me quedó fija, y algo le debió decir también la mía a la que dedicó un largo párrafo en el precioso escrito con el que Miguel respondió amablemente a mi solicitud. Qué poco imaginaba entonces que aquel hombre se iba a constituir en la persona que más decisivamente habría de influir en mi aproximación al entorno literario. Por ello, no es extraño que mi semblanza sobre Miguel vaya de la mano de recuerdos y apreciaciones muy personales.

A Miguel, un día de su santo, ¡que descaro el nuestro!, lo vestimos de riguroso blanco (pantalón y camisa remangada), le calzamos unas alpargatas blancas cuyas cintas rojas sirvieron de "gerriko", y, a pesar del vértigo que padecía, lo bajamos por la pared del rebote a la cancha del bonito frontón de Albiasu; en la cuarteada cancha de aquel romántico frontón, él y yo fuimos fotografiados mientras manteníamos una fuerte polémica sobre el pelotari que debería ostentar el entorchado de la pelota a mano en el siglo XX.

Quiero que mi pincelada epilodal como amigo haga referencia a mis últimas conversaciones con Miguel que, aquejado de una grave afección cardio-respiratoria, fue ingresado en el Hospital Provincial de Gipuzkoa.

Fui a visitarle más como amigo que como médico. Lo encontré encamado, triste y muy preocupado. Una mascarilla de oxígeno que le cubría la boca y gran parte de la nariz le deformaba la cara con la presión de la goma de sujeción; unos tubos de plástico transparente conectaban alguna de las venas de su antebrazo con unos frascos de suero de diferentes colores que se erigían en su exclusivo medio de alimentación. La respiración era laboriosa y difícil, similar a la de aquellos pacientes en estado puramente nervioso, pero que, al contrario de lo que sucede en estos últimos, se agravaba cada vez que hablaba o intentaba incorporarse, y no remitía cuando yo intentaba distraer la atención de Miguel. La piel de la cara, algo retraída, tenía un marcado tinte violáceo; la nariz exageradamente afilada y los ojos hundidos, los

característicos e inconfundibles rasgos faciales se le acentuaban más que nunca.

- ¡Egunon, Miguel! ¿Cómo te encuentras? - le pregunté desde la puerta de la habitación. Y desprendiéndose momentáneamente de la mascarilla, murmuró en voz baja: - ¡Ah!... ¿Eres tú, Ander? Ya ves, hombre, para que te voy a engañar. Naiko izurratuta. ¡Que tenga que llegar uno a esta situación! - Bueno, bueno; ya será menos - le repliqué -. Pronto estarás en condiciones de volver a casa. - No sé, no sé ... que Dios te oiga,...pero ¡demonios! -. Si he dado ordenes rigurosas para que no molesten a nadie. ¿Cómo te has podido enterar de que yo estaba hospitalizado?.

Utilizando un sobrenombre con el que, medio en broma, le llamábamos algunos allegados, le dije-

- ¡Ay, coronel, coronel! ¿De qué forma me iba enterar de tu situación?, pues de la manera más sencilla -le expliqué-. He llamado por teléfono a tu casa y, como comprenderás, tu familia no me iba a ocultar la situación...

- Oye, Ander, ¿Sabes lo de Jorge Oteiza? - me preguntó mirándome de reojo.

- ¿A qué te refieres?

- Fíjate si es casualidad: está ingresado en esta misma planta - respondió él.

- ¡Hombre! sí, sí, algo sé -balbuceé-; algo he leído en la prensa- al parecer, sufre un proceso de tipo respiratorio, similar al tuyo.

- ¡Sí! ... algo así debe ser, pero no sabes lo mas gordo -prosiguió Miguel- te voy a decir una cosa; tú ya le conoces algo a Jorge; pues nada.... para que los dos estuviéramos juntos, ha pretendido compartir la habitación conmigo. Sabes cuánto nos queremos pero, como comprenderás, he dicho a los médicos que para curarme cuanto antes necesito sosiego, descanso, paz y tranquilidad, y no un compañero de habitación que, con su forma de ser, me ponga más nervioso de lo que estoy. No me encuentro con fuerzas para estar escuchando durante todo el día el trepidante ritmo conversacional del sempiterno adolescente. Ya me gustaría estar como él.

Miguel se incorporó un poco e intentó sentarse al borde de la cama, inmediatamente, al percatarse de que la fatiga era cada vez más llamativa, volvió a tumbarse y se cubrió de tal manera que sólo asomaba parte de la cara.

- Vete a verle a Jorge -me dijo- y adviértele que estoy un poco mejor que ayer y que puede que esta tarde nos podamos ver un rato.

Conforme pasaban los días, la animada gesticulación inicial de Miguel y su tono de voz fueron disminuyendo paulatinamente.

- No sé -me decía con la voz cada vez mas entrecortado- cuándo estaré con ganas para finalizar el epílogo de tu nuevo libro, ni si voy a salir de ésta.

Cada vez que me acercaba al Hospital para compartir un rato con él me sacaba a colación el asunto de su inacabado escrito. Yo le había solicitado el epílogo de la biografía de Miguel Soroa y, por motivo de su ingreso, había tenido que interrumpir su redacción. Uno de los días, con ánimo de tranquilizarlo, le comenté:

- No te preocupes ni le des más vueltas al tema; Soroa tiene una nieta con muy buenas dotes para el bersolarismo y, al parecer, se ha comprometido a cerrar el libro con tres versos dedicados al aitona.

Con la respiración jadeante, Pelay me respondió:

- ¡Qué suerte has tenido, Ander! No te precipites en publicar la obra; es como si en el pedregal que hay en el camino entre Amezketa y el refugio de Igaratza -ya sabes, por el lugar conocido como "minas", encontraras un diamante del tamaño de un pedrusco. Yo ya me quedo tranquilo; semejante tesoro va a significar mucho más que las poquitas líneas con las que yo pueda completarte mi escrito.

Al cabo de una semana, tras varios días en los que Miguel estuvo sumido en el más profundo de los sueños, dábamosle tierra en el donostiarra cementerio de Polloe (G.B.).

Pocos días mas tarde, Miguel Salvador -que, antes de convertirse en cuñado de Pelay, había sido su íntimo amigo desde su niñez- me entregaba el folio que quedó atrapado en el rodillo de la máquina de escribir con las últimas palabras escritas por Miguel, su epílogo inconcluso.

¡Miguel! con tu muerte, la tertulia de Okendo ha quedado definitivamente huérfana. Me despido como lo harías tú: con un abrazote, término que tantas veces utilizabas con tus íntimos y que, según mi interpretación, es lo mismo que un abrazo, pero más ceñido y, por supuesto, mucho más apretado.



"Simbiosis". Ander Letamendia: *El pelotari y sus manos*